



MELISSA BLAIR

EL
TRONO
DE LA
SOMBRA

SAGA SANGRE MESTIZA

Besties

Books

MELISSA BLAIR

EL TRONO DE LA SOMBRA

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR RUIZ ALDANA



Título original: *A Shadow Crown*

© Melissa Blair, 2023

Publicado originalmente en 2023 en Estados Unidos por Union Square & Co., LLC, una subsidiaria de Sterling Publishing Co., Inc. bajo el título A SHADOW CROWN

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Union Square & Co., LLC, una subsidiaria de Sterling Publishing Co., Inc., 33 East 17TH Street, Nueva York, NY, EE. UU., 10003

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent SLU –
www.uklitag.com

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2025

© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2025

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa, Karin Wittig

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-270-5446-2

Depósito legal: B. 14.637-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.





Le pegué un puñetazo al príncipe Killian en la cara, lo bastante fuerte como para que la corona de oro le cayera de la cabeza y aterrizara en el suelo con un estridente repiqueteo. Siempre había pensado en su hermano Damien cuando me imaginaba zurrando a un miembro de la familia real, pero Killian fue un sustituto satisfactorio.

El desconcierto retumbó por toda la sala. Ninguno de los espectadores se movió. El príncipe se había asegurado de tener un buen público para la gran revelación, un momento planificado hasta el más mínimo detalle para que yo descubriese la verdad: me había aliado con un enemigo, el enemigo del rey, en pos de destruir la Corona de una vez por todas para luego enterarme de que la Sombra respondía al hijo menor del monarca.

Killian me había manipulado. Debía recordarle que era peligrosa incluso aunque accediera a colaborar en sus maquinaciones.

Escupió un buen montón de sangre sobre los tablones del suelo. No hice ningún esfuerzo por ocultar mi sonrisa.

Sin embargo, sus movimientos habían vuelto a alimentar la tensión de la sala. De repente, todos y cada uno de los elverin de mayor confianza de Killian clavaron en mí los ojos: la calculadora mirada violeta de los dos fae junto a la pared, mientras decidían si utilizar la poca magia que les quedara; los ojos cautelosos de los elfos cuya inmortalidad les había arrebatado la capacidad de sorprenderse. Pero lo que hizo que el corazón me diera un vuelco fue la violenta mirada de los mestizos de la estancia. Con una mezcla de sangre élfica y mortal, superaban de largo al resto de los elverin.

Eran de los míos, pero no veían a una aliada cuando me miraban. Lo único que veían era la Espada que acababa de ponerle una mano encima a su príncipe.

Tal vez el puñetazo podría haber esperado a cuando no estuviera rodeada por cientos de rebeldes que me querían muerta. Killian se limpió la boca con la muñeca y un rizo rubio le cayó frente al rostro mientras la piel se le manchaba de rojo.

Collin fue el primero en moverse. Me atacó sin desenvainar la espada corta que llevaba colgada del cinturón, con las mejillas encendidas por una rabia torpe. Me aparté a un lado y esquivé el golpe. Trató de acertarme con el otro puño, pero me zafé también. Al tercer ataque, supuse que había llegado el momento de acabar con su sufrimiento. Lo agarré de la muñeca y aproveché su impulso para darle la vuelta y presionarle el brazo contra la espalda. Dejó escapar un aullido satisfactorio.

—¿Ya te has cansado? —le susurré al oído.

Llevaba con ganas de enfrentarme a Collin desde que sus gracietas les habían costado la vida a dos penumbras, chicas mestizas a las que el rey había entrenado desde la infancia para que fueran sus espías y armas. Mi deber era protegerlas. Asumí la responsabilidad por sus muertes,

pero eso no significaba que disfrutara de la indiferencia que mostraba Collin por la pérdida. Le retorcí la muñeca un poco más.

El mestizo de pelo arenoso se sacudía contra mí, pero no tenía nada que hacer. Me volví hacia Killian. Se daba toques en el labio ensangrentado con un pañuelo impoluto que sin duda le había proporcionado Nikolai, quien estaba a su lado mientras negaba con la cabeza y se mordía los labios hasta formar una línea recta.

Killian movió la mandíbula a un lado y a otro antes de esbozar una sonrisa.

—Admito que me lo merecía.

Se arregló el cuello negro de la camisa, cuyo borde ocupaban unas hojas bordadas de un tono violeta tan oscuro que eran casi indistinguibles del negro.

Empujé a Collin de vuelta con un grupo de mestizos, y se tambaleó hasta colocarse junto al príncipe. La mueca que me había reservado se convirtió en un gesto de preocupación al fijarse en que Killian tenía el labio partido.

Me crucé de brazos y me encogí de hombros.

—Te merecías algo mucho peor.

Syrra tosió detrás del príncipe. Ladeé la cabeza y la desafié a que me llevara la contraria, pero ella torció los labios hacia arriba, un gesto que interpreté como toda la aprobación que necesitaba. Killian me había secuestrado, atado, drogado y arrojado a la parte trasera de un carro, donde me había pasado días hasta llegar solo los dioses sabían a dónde.

Al saber que mi vida ya no corría peligro, me permití echar un vistazo por la habitación. El suelo estaba cubierto de tablones irregulares de madera, pero los muros eran de piedra negra. Aparte de las luces fae que flotaban sobre nuestras cabezas, no había ninguna otra fuente de luz ni ventanas. La única puerta a la vista era la misma por la que Nikolai

me había arrastrado hasta allí. No había estado jamás en aquella sala, y no había nada que pudiera reconocer. Respiré hondo. No había ni rastro del mar en el aire; nos encontrábamos tierra adentro.

Entorné los ojos en dirección al príncipe.

—¿Dónde estamos?

—Ahora mismo, bajo tierra.

Killian les hizo un gesto a Collin y al resto de los elverin para que salieran por la única puerta que había. Observé sus rostros de desconfianza desaparecer por el pasillo oscuro hasta que solo quedamos él y yo, además de sus dos consejeros más fiables.

Miré a Syrra.

—¿Bajo qué tierra?

Nikolai respondió antes de que ella pudiera abrir la boca.

—Estamos en medio del Bosquecantor.

Seguía sin mirarme a la cara, y se deslizó hacia la derecha hasta esconderse detrás de Killian.

—¿Cuánto tiempo me habéis tenido dormida?

Habían cruzado la mitad del continente desde que me habían sacado de aquella cueva. Con un grupo tan numeroso, el trayecto debía de haber durado semanas.

—Un buen rato. —Killian se encogió de hombros como si la cosa no fuese con él—. Pero solo por motivos de seguridad.

Enarqué una ceja.

—¿Me dormiste con la ayuda de un elixir por mi propia seguridad?

—Por la seguridad de los elverin, quiero decir. —Se pasó la lengua por el labio cortado.

—Jamás le haría daño...

—Me has dado un puñetazo en la cara segundos después de formar una alianza.

Torcí el gesto ante su expresión petulante.

—¿No estábamos de acuerdo en que te lo merecías?

—Basta —intervino Syrra con su tono calmado habitual, y se interpuso entre el príncipe y yo—. Killian no podía mostrarse tan cerca de la capital. Había demasiados espías, sobre todo después del desastre que causaste en Silstra.

—Creo recordar que todos trabajamos codo con codo para volar aquella presa.

Syrra se cruzó de brazos.

—No tenía ningún motivo para confiarte la verdad hasta ahora.

—¿Que no tenía motivos para confiar en mí? —Me pasé la mano por la corona de la trenza—. ¡Estuve a punto de morir colocando los explosivos!

Nikolai asomó la cabeza por el hombro de Killian y levantó una mano cautelosa. Yo puse los ojos en blanco. Que te dispararan una sola flecha en la pierna no era lo mismo ni de lejos.

—Nik, tienes la pierna perfectamente.

Abrió la boca y luego la cerró, antes de volver a ocultarse detrás del príncipe.

—Todos acordamos que demostraste tu valía aquella noche en Silstra —sentenció Killian, tratando de emular la misma actitud calmada de Syrra, pero sin conseguirlo del todo—. Pero ¿cuándo esperabas que te confiara nuestro secreto? ¿Justo antes de que te reunieras con el rey? ¿Una hora antes de que te reunieras con el Arsenal?

La réplica se me evaporó en la lengua.

—Suficientes mentiras debías esquivar ya en la sala del trono —continuó Killian—. Necesitaba, necesitábamos, que convencieras al rey de que te permitiera conservar el título. Y si tenía que toparse con la verdad...

—No queríais que la descubriera toda —terminé por él.

Me di la vuelta y traté de ignorar la opresión en el pecho que sentí al tomar conciencia de las circunstancias. Aquel día había entrado en la capital consciente de que tal vez no saldría viva de allí. Habérmelo contado todo de antemano ha-

bría sido una necesidad. Habrían puesto centenares de vidas en peligro solo para satisfacer mi orgullo.

Era cierto que hasta entonces no se había dado el momento idóneo para decirme nada.

Apreté los puños. Una furia ardiente me recorrió el cuerpo y me hirvió la sangre.

—Me lo podría haber contado Riven.

No soportaba que se me rompiera la voz al pronunciar su nombre. Nos pasamos días viajando juntos tras volar por los aires la presa. Riven me dijo que confiaba en mí, y me lo había demostrado, pero no lo suficiente como para confiarme esto. Ni siquiera se había preocupado por estar presente cuando yo descubriera la verdad.

La ira me reptaba por la piel y me calentaba el cuerpo, pero debajo notaba las frías punzadas de la traición. Una por cada momento en que Riven había permitido que la verdad pendiera entre nosotros, como un velo cuya existencia yo desconocía, manteniéndolo en las sombras por las que ya creía haberme abierto paso.

—Consideraré que lo mejor sería que fuese yo quien te lo contara. —Killian hablaba con más delicadeza que antes, la misma que le inundó los ojos verdes mientras me estudiaba el rostro—. No quería que nadie te acusara de aprovecharte de tu... vínculo con Riven para llegar a mí.

Lo miré desconcertada.

—¿Para qué querría yo...?

—¿Para matarme? —El príncipe se atragantó con una carcajada—. ¿Para asegurarte tu puesto como Espada de por vida? ¿Para extorsionar a mi padre? Lo que hubiesen pensado poco importa; digamos simplemente que los elverin tienen pocos motivos para confiar en ti. No quería ponérselo todavía más difícil.

Se pasó la mano por las ondas de pelo rubio. La corona seguía en el suelo, a sus pies, rechazada y olvidada. Clavé en

ella la mirada, preguntándome si podía fiarme de que aquella pieza de oro no fuera más que una herramienta, como había dicho Killian. Tal vez bastara para recuperar el reino de manos de Aemon, pero ¿acaso un príncipe desperdiciaría la oportunidad de gobernar cuando la corona de su padre cayera? No conocía lo bastante a Killian como para poner la mano en el fuego por él.

Incliné ligeramente la corona con la bota y la lancé al aire. El príncipe la atrapó con la precisión y la velocidad del soldado curtido. La sostuvo unos instantes en el puño, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. El tiempo que había pasado lejos de la capital no lo había dedicado solo a los pergaminos y los libros.

Fruncí el ceño.

—¿Lo de dejarme como una idiota en público también ha sido por mi bien? —Noté en la lengua el veneno del sarcasmo.

Killian se arremangó la chaqueta.

—Sí, en efecto.

Me reí entre dientes.

—No puedo hacer que veas las cosas como yo, Keera, pero que no supieras nada prueba que nuestro plan está funcionando. Ni siquiera la Espada sabía que yo estaba implicado; ni tú ni las penumbras lo sospechabais. Perdóname si me lo tomo como una señal de que estamos a salvo. Al menos de momento.

Killian se acercó a mí con los nudillos blancos por la tensión con que sostenía la corona dorada en el puño. Tenía el cuerpo rígido, perfectamente contenido, pero percibí en él el olor de la ira creciente, como el pergamino que dejas demasiado tiempo al sol y empieza a humear.

—Los elverin necesitaban una victoria. Estamos al borde de la guerra. ¿Cuántos años de penurias les estoy poniendo a los pies? ¿Cuántos lucharán por algo que ni siquiera llegarán a ver? Hoy sienten esperanza, porque independientemente

de lo que ocurriera en Silstra, la mayoría siguen considerándote su enemiga, Keera.

El príncipe respiró hondo y me cogió de la mano. La tenía caliente y seca como el papel.

—Hoy he dejado que te vean como a la rival que hemos derrotado para que mañana puedan verte como a una aliada en quien confiar.

No aparté la mirada. Había una sinceridad en sus ojos que no parecía natural. Compartía los mismos iris jade delineados de ámbar de su hermano. Unos ojos que se habían pasado décadas atormentando mis peores pesadillas, mis peores recuerdos. La piel de la espalda se me tensó y contrajo ante la mera idea de confiar en un miembro de la estirpe de Damien. Pero Syrra y Nikolai esperaban detrás del príncipe y con su silencio apoyaban sus palabras.

Tal vez no confiara en Killian, pero sí estaba convencida de que ni Syrra ni Nikolai serían capaces de aliarse con alguien como Damien.

Le solté la mano al príncipe y le quité la corona que aún sostenía. Le di vueltas entre los dedos como si del juguete de una criatura se tratara.

—¿Cuánto has tardado en montar ese discurso?

Él soltó una sonora carcajada.

—Un tiempo.

—Esta mañana me ha tenido tres horas escuchándolo ensayar —intervino Nikolai, asomando una vez más por detrás del hombro de Killian.

Agarré la corona con fuerza en mitad de un giro y se la devolví al príncipe.

—Discursitos sentimentales aparte, esta alianza no funcionará si seguís manteniéndome al margen. Sé que aún debo ganarme la confianza de vuestra gente, pero entiendo que me he ganado la vuestra. —Me volví hacia Nikolai y Syrra, y contuve el aliento.

Nikolai asintió, dando un paso hasta salir de detrás de Killian.

—Por supuesto. Me salvaste la vida y volaste la presa, querida Keera. Además, ¿cómo no iba a fiarme de una carita así?

Syrra dio un paso al frente y también asintió.

—Confío en ti desde Caerth, y confiaré en ti incluso después de que venzamos en esta guerra.

El corazón se me encogió, sorprendida por sus palabras. Me vinieron a la mente los rostros de las dos penumbras que coloqué en la pira de Caerth. La culpa me ardió en la garganta al recordar cómo había reprimido el dolor. Syrra me encontró y reconoció en mí su propio sufrimiento. No me había llegado a plantear que aquello hubiese significado tanto para ella. Ni para mí. Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta y asentí.

Killian se guardó la corona bajo el brazo como si fuese un libro antiguo.

—No te he engañado, Keera. Confío en ti y quiero que nos ayudes a liberar Elverath de una vez por todas. Cuando lleguemos a Myrelinth, te pondré al día de todo lo que sabemos.

—¿Myrelinth? —repetí, ladeando la cabeza—. Pensaba que estaríamos en algún lugar del reino, en un sitio con mejores conexiones.

Syrra me rodeó los hombros con el brazo y comenzamos a andar hacia la puerta. Notaba la fuerza de sus músculos presionándome el cuello.

—Mi hogar está mejor conectado de lo que crees, niña.

Reprimí el impulso de apartarla de un empujón. Llevaba una túnica y una gruesa capa que me cubrían la piel, y ni siquiera Syrra era lo bastante observadora como para notar a través de las capas los nombres que me había grabado a mí misma.

Incliné la cabeza hacia ella.

—Estamos como mínimo a diez días a caballo de allí.
Killian me miró por encima del hombro y dijo:
—¿Eso crees?
Y entonces desapareció en la oscuridad.



Nos encontrábamos indiscutiblemente en mitad del Bosque-cantor. Salí de lo que había comenzado como un pasillo y que poco después se había transformado en un túnel. Nadie en la superficie habría sido capaz de saber que existía un campamento tan gigantesco bajo tierra. De todas formas, eran pocos los viajeros que atravesaban el lugar si podían evitarlo.

El bosque estaba repleto de parejas de troncos retorcidos que crecían hacia el cielo en espirales entrelazadas. La corteza era gruesa y tenía el color del azul del crepúsculo antes de dar paso a la noche. Eran tan altos que rivalizaban con las cimas más bajas de las Montañas Ardientes al oeste, y los troncos eran tan anchos que ni siquiera cuatro personas serían capaces de cogerse de los brazos y rodear uno solo. Eran los gigantes del bosque, pero lo que mantenía a los viajeros a raya eran en realidad las hojas.

Coloridos bulbos lilas y rosas florecían en zarcillos retorcidos que mostraban todas las tonalidades del ocaso. Algunos zarcillos colgaban de las ramas más altas hasta acariciar el sotobosque. Las enredaderas más gruesas dificultaban los viajes a pie o a caballo, y las densas copas hacían que fuese imposible orientarse de día o de noche. El rey habría arrasado con el bosque por completo de no ser por su canto.

La mayor parte del día el bosque guardaba el mismo silencio que cualquier otro, pero cuando el viento soplaba entre los troncos retorcidos y las enredaderas en espiral, su es-

pesura cobraba vida con una canción. A veces los árboles entonaban cantos de paz y consuelo para guiar a los viajeros perdidos a casa, pero otras sus melodías se volvían algo vil y los peregrinos terminaban por cortarse las orejas para silenciar del todo la música. No era infrecuente encontrar cadáveres en las lindes del bosque. Se los encontraba colgando como atrapados en mitad de una zancada, suspendidos de los zarcillos como si los árboles los hubiesen atraído para enroscar sus perversas extremidades en torno a sus gargantas solo por alimentar así su próximo canto.

Por fortuna, estábamos en medio de un gran claro. El prado circular era un vergel de hierba suave y flores silvestres que sobresalían de la vegetación. El bosque espeso formaba un muro a nuestro alrededor, rozando el cielo que se oscurecía sobre nuestras cabezas.

No vi indicios de senderos o pasajes a través de los árboles, ni ninguna ruta segura que hubiese podido utilizar la caravana para llegar hasta allí ni forma de salir.

Nikolai apareció a mi lado. No dijo nada mientras juguetaba con un bulbo amarillo junto a sus botas. Seguía esquivándome la mirada y caminaba con la cabeza gacha como una flor marchita.

Suspiré sonoramente; sabía que Nikolai apreciaría ese toque especial.

—No voy a darte un puñetazo, así que ya puedes dejar de preocuparte. Al menos hoy.

Él levantó la cabeza y esbozó una sonrisa cauta.

—Pero sigo planteándome mezclar tu aceite capilar con esencia de boñiga.

Se agarró el morral con recelo.

—No te atreverías.

—Vuelve a mentirme y lo descubrirás.

Las palabras no me salieron con la sorna que esperaba, pero tampoco las retiré. Dejé que flotaran entre nosotros

como los zarcillos del bosque, sin aclarar si eran una amenaza o una advertencia.

—¿Por qué no está Riven aquí?

La pregunta me había ardido en la garganta hasta agujereármela; no podía guardármela más tiempo. Y Nikolai era el único que creía que podía darme una respuesta.

Dejó caer la sonrisa al mismo tiempo que los hombros.

—Si pudiera, estaría aquí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

No aguantaba la desesperación que me había roto la voz hacia el final de la frase. Era como si me hubiesen clavado un cuchillo en las entrañas cuando Killian se había revelado, y pensar en la ausencia de Riven me había hundido la hoja un poco más.

La lástima en el rostro de Nikolai no hizo sino empeorar la sensación. Una parte de mí deseaba que la daga hubiese sido real para poder arrancármela del vientre y apuñalarlo a él también. Y no habría sido algo tan impensable antes de lo de Silstra.

Nikolai levantó las cejas, como si me estuviera desafiando.

—¿Prefieres enterarte por mí o por él?

Me rezagué y suspiré hacia las copas de los árboles que se mecían sobre nosotros. Me sentía como uno de los gansos blancos de las Tierras Áridas, perdido y solo, buscando en el cielo a una bandada que ya había regresado a casa.

—Por él —admití.

Nikolai me rodeó con los brazos con una mezcla de condescendencia y de consuelo. La parte furiosa de mí se encendió aún más ante su tacto, pero había una parte en mí, más grande, que extinguió las llamas con el convencimiento de que Nikolai solo obedecía órdenes. Fuéramos lo que fuésemos tras semanas viajando juntos por todo el continente, comprendía las mentiras que me había contado para mantener en secreto la alianza de Killian. Con sus brazos en torno a

mí, sabía que la ira de haberme sentido engañada se enfriaría pronto, al menos hacia él.

Se retiró y me inspeccionó el cuello y el brazo.

—¿Te duele? Le dije a Syrra que el dardo era demasiado, pero ella insistió. Esta mañana te has dado un buen golpe.

Me pasé la mano por la hinchazón del brazo.

—¿Esta mañana? —Parpadeé. Seguía notando el cuerpo entumecido y dolorido, no como si solo hubiese estado un día dormida—. Pero si Bosquemuerto está a un mes de viaje desde aquí.

Una sonrisa infantil le recorría la cara a Nikolai.

—Te has despertado en una Elverath muy distinta a la que conocías ayer. Pero no te estropearé la experiencia de descubrirlo por ti misma.